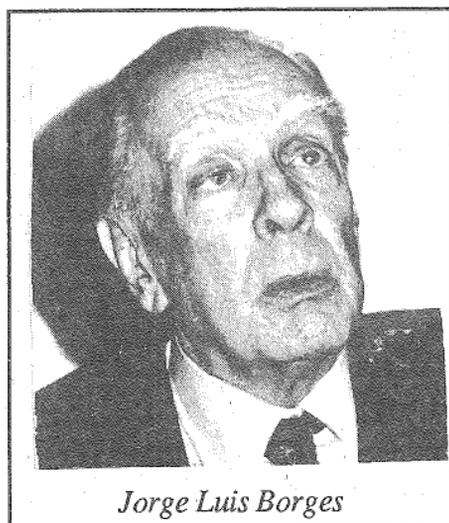


Pedro Shimose



Historia

— de la —

Literatura

Latinoamericana

11

Los últimos cincuenta años.
Quince maestros. Poesía

PRESENCIA



CUBA

EUGENIO FLORIT (1903), MANUEL NAVARRO LUNA (1894-1966) y JOSE LEZAMA LIMA (1912-1976) representan tres tendencias de la poesía cubana. Florit, la poesía pura de formas clásicas, en sus libros *Doble acento* (1937, con prólogo de J. R. Jiménez), *Reino* (1938), *Poema mío* (1947) y *Asonante final y otros poemas* (1955).

Navarro Luna, la poesía social con sus libros *Pulso y honda* (1932), *La tierra herida* (1936) y *Poemas mambises* (1943).



Lezama Lima era un profundo conocedor y estudioso de Góngora, Platón, los filósofos gnósticos y los poetas órficos. Su obra, de carácter culterano, está llena de alusiones, alegorías y parábolas que hacen referencia a una realidad secreta e íntima.

Lezama Lima representa la poesía simbólica y culterana que nosotros preferimos denominar "poesía órfica", por rendir culto a la cultura esotérica y porque conjura la magia de la palabra y su musicalidad. En la poesía de Lezama no sólo está el secreto de lo que no se dice; también se solaza en una erótica de la inteligencia y en una serie de elucubraciones en torno de la cultura. Lezama fundó y dirigió numerosas revistas, pero la más famosa fue la revista "Orígenes" a la cual estuvieron vinculados otros notables poetas como GASTON BAQUERO (1918), CINTIO VITIER (1921) y ELISEO DIEGO (1920), entre otros. Obra poética más relevante: *Muerte de Narciso* (1937), *Enemigo rumor* (1941) y *Aventuras sigilosas* (1945). Lezama Lima fue también novelista. Volveremos a él cuando abordemos la narrativa latinoamericana.

Otros poetas de gran significación: FINA GARCIA MARRUZ (1923), ROBERTO FERNANDEZ RETAMAS (1930), PABLO ARMANDO FERNANDEZ (1930), HEBERTO PADILLA (1932), CESAR LOPEZ (1933), EDITH LLERE-

NA (1936), JOSE KOZER (1940), BELKIS CUZA MALE (1942), PIO E. SERRANO (1941), ARMANDO ALVAREZ BRAVO (1938), NANCY MOREJON (1944), LILLIAN MORO (1946) y WILFREDO FERNANDEZ (1946-1977).

CHILE

La presencia omnisciente de Neruda no permitió un conocimiento mejor de tres poetas importantes de Chile. El delicado cantor de la naturaleza y de los bosques, JUVENCIO VALLE (1907); el elegante poeta de las cosas pequeñas y de la serenidad, JULIO BARRENECHEA (1910-1979) y el hermético mago de las metáforas HUMBERTO DIAZ CASANUEVA (1908) que evolucionó hacia una dicción más clara y más próxima al dolor del mundo.

Detrás de ellos camina una legión de excelentes poetas, pero no es posible mencionarlos a todos. Basta con citar a ALBERTO BAEZA FLORES (1914), GONZALO ROJAS (1917), DAVID ROSENMAN TAUB (1927), ENRIQUE LIHN (1929-1988), JORGE TEILLIER (1935), de gran predicamento entre los jóvenes poetas, EFRAIN BARQUERO (1930), ARMANDO URIBE ARCE (1933), OSCAR HAHN (1938), HERNAN LAVIN CERDA (1939), OMAR LARA (1941) y RAUL ZURITA (1950), entre otros.

Unas palabras sobre Díaz Casanueva. En Alemania recibió una sólida formación filosófica, cuyo peso se hace sentir en sus primeros libros. Poco a poco, bajo una bien administrada dosis de surrealismo, Díaz Casanueva invoca la magia y el humor para cantar el dolor de los oprimidos. La calidad y originalidad de su canto no declinan, sin embargo. Obras: *Vigilia por dentro* (1931), *Réquiem* (1945), *El sol ciego* (1966), *El hierro y el hilo* (1980), *El pájaro Dunga* (1985) y *El niño de Robben Island* (1985).

Un poeta que trascendió con valores propios fue NICANOR PARRA (1914). En 1950 postuló el *antipoema*: "poema tradicional enriquecido con la savia surrealista, ligada a un lenguaje cotidiano y a una experiencia real del hombre en situación". El humor negro, el erotismo, cierto proceso de "distanciamiento", la parodia poética y una subvención total del lenguaje poético, tipifican la poesía de Parra. Sus libros más famosos: *Poemas y antipoemas* (1954), *La cueca larga* (1958), *Versos de salón* (1962), *Canciones rusas* (1967) y *Obra gruesa* (1969). Su obra influyó poderosamente en Latinoamérica y los Estados Unidos.

ECUADOR

La poesía ecuatoriana está presidida por la figura egregia de JORGE CARRERA ANDRADE (1902-1978), autor de una valiosa obra poética. Imitó, como el mexicano Tablada, la composición de *haiku* japonés. Esta experiencia está registrada en su libro *Microgramas* (1940). La poesía solidaria de Carrera Andrade cantó la fauna y la flora americanas y la lucha del hombre por conquistar su dignidad. Sus libros más leídos: *Biografía para uso de los pájaros* (1937), *País secreto* (1940), *Hombre*



Carrera Andrade, un experto en la lírica francesa, publica en 1951 una antología comentada y traducida por él, *Poesía francesa contemporánea, que influyó en la poesía latinoamericana de su tiempo. La poesía de Andrade se caracteriza por su brevedad, inmediatez y rigurosidad en las imágenes.*

planetario (1959) y *Floresta de los guacamayos* (1964). Pedro Salinas le dedicó un elogioso estudio en su libro *Ensayos de literatura hispánica*.

Otros poetas: GONZALO ESCUDERO (1903-1971), ALFREDO GANGOTENA (1904-1945), CESAR DAVILA ANDRADE (1918), ALFONSO BARRERA ALVERDE (1925), JORGE ENRIQUE ADOUM (1926), EULER GRANDA (1935) y RUBEN ASTUDILLO (1939).

EL SALVADOR

A la sombra de PEDRO GEOFFROY RIVAS (1908) crece la obra de las promociones más jóvenes. Entre su vasta producción destacan *Para cantar mañana*, *Cuadernos del exilio* y *Los nietos del jaguar*. Sus notas más características son la irreverencia, el lenguaje coloquial y una vocación social de ricos matices expresivos. Otros poetas distinguidos e influyentes son SERAFIN QUITENO (1906), autor de una breve obra: *Corazón con S* (1941) y *Tórrido sueño* (1957, escrita al alimón con el nicaragüense Alberto Ordóñez Argüello), y HUGO LINDO (1917-1985), autor de *Navegante río* (1963) y *Maneras de llover* (1969).

Con el asesinato de ROQUE DALTON (1935-1975) se truncó la obra de un gran poeta testimonial. En sus libros *El turno del ofendido* (1963), *Los testimonios* (1964) y *Taberna y otros lugares* (1969) registró la crónica política y sentimental de una época, un país y un hombre: el propio autor. También escribió narración, ensayos y biografías.

Otros poetas: CLARIBEL ALEGRIA (1924), MANLIO ARGUETA (1935), ITALO LOPEZ VALLECILLOS (1932-1986), ROBERTO ARMIJO (1937), JOSE ROBERTO CEA (1939), ALFONSO QUIJADA URIAS (1940), JOSE MARIA CUELLAR (1942-1980) y el prolífico DAVID ESCOBAR GALINDO (1944).

GUATEMALA

CESAR BRAÑAS (1900) y LUIS CARDOZA Y ARAGON (1904) fundan la poesía contemporánea guatemalteca. Ambos tienen una obra impresionante, por la calidad y por la cantidad de libros publicados. Brañas, autor de más de veinte libros, publicó *Diario de un aprendiz de tímido* (1956), *Viento negro* (1958), *La sed innumerable* (1964) y *Diario de un aprendiz de ausente* (1967).

Cardoza y Aragón, iniciado en el surrealismo, ha intentado borrar la frontera entre prosa y poesía. Su obra ensayística es importante, por lo cual volveremos a mencionarlo más adelante. Sus libros de poemas más célebres: *Luna Park* (1923), *El sonámbulo* (1937), *Pequeña sinfonía del Nuevo Mundo* (1948) y *Elogio de la embriaguez* (1931).

Otros poetas: MANUEL JOSE ARCE (1938-1985), CARLOS ILLESCAS (1918), OTTO RENE CASTILLO (1936-1967), RAUL LEIVA (1916-1974), OTTO RAUL GONZALEZ (1921), ANTONIO BRAÑAS (1922), ROBERTO OBREGON MORALES (1940-1970), LUIS ALBERTO ARANGO (1953), FRANCISCO MORALES SANTOS (1940), JOSE LUIS VILLATORO (1932), MARCO ANTONIO FLORES (1937) y ARQUELES MORALES (1940).

HONDURAS

La más grande poeta de Honduras es, sin lugar a dudas, CLEMENTINA SUAREZ (1902), autora de *Corazón sangrante* y *Creciendo con la yerba*. Pero las voces rectoras son las de OSCAR ACOSTA (1933) y ROBERTO SOSA (1930). Acosta desde una poética intemporal, clasicista y existencial escribió *El arca* (1956), *Tiempo detenido* (1962) y *Mi país* (1971); Sosa, más preocupado por la historia y la cuestión social escribe *Los pobres* (1969), *Un mundo para todos dividido* (1971) y *Secreto militar* (1984). Sosa es el poeta más influyente en las jóvenes promociones.

Otros poetas: DANIEL LAINEZ (1914-1959), CLAUDIO BARRERA (1912-1971), JACOBO CARCAMO (1914-1959), ANGELA VALLE (1927), ANTONIO JOSE RIVAS (1924), POMPEYO DEL VALLE (1929), JOSE ADAN CASTELAR (1941), JOSE LUIS QUESADA (1948) y RIGOBERTO PAREDES (1948).

MEXICO

El escritor mexicano más representativo es, sin discusión, OCTAVIO PAZ (1914). Su obra literaria está unida indisolublemente a la poesía y al ensayo, de tal forma que no pueden disociarse estos géneros al estudiar su legado. Por razones didácticas, nosotros lo vamos a hacer. Aquí hablaremos de su poesía y, más adelante, hablaremos de sus ensayos.

La condición humana: su ansia de libertad, el amor, la soledad, la antropología, la historia y la política informan su obra. Sus viajes, su inmensa cultura y su amistad con los surrealistas le han conducido a la magia y a la mística. Su actividad poética es casi un conjunto que se convierte en himno.

Uno de sus más valiosos poemas *-Piedra de sol-* está considerado uno de los poemas clave de la lírica contemporánea. A partir de 1966, su poesía deriva hacia experiencias orientalistas. En 1971 publica *Renga*, poema colectivo escrito al alimón con Edoardo Sanguinetti, Jacques Roubaud y Charles Tomlinson. Su libro más hermoso; *La estación violenta* (1958). Su obra poética ha sido recopilada bajo los títulos *Libertad bajo palabra* (1935-1957), *Salamandra* (1958-1961) y *Ladera Este* (1962-1968). Su último libro se llama *Arbol adentro* (1987) y en él siguen primando los viajes, el amor y el tiempo.



HCTAYIO PAZ

El Laberinto de la Soledad



CLABERNOS AMERICANOS

En su ensayo *El laberinto de la Soledad* Paz hace una honda reflexión sobre México. En la línea de Vasconcelos, Rodó o Alfonso Reyes, Paz analiza el enfrentamiento entre civilización y barbarie que surge desde la Independencia. Ante la norma dictada por los Estados Unidos, México se contrapone como diferencia. Paz estudia los elementos y hechos históricos que han dado lugar a ello.

Entre los numerosos poetas de una vasta e importante obra, debemos señalar a EFRAIN HUERTA (1914-1982) de fuerte acento social y desbordante erotismo, ALI CHUMACERO (1918), de gran rigor formal, RUBEN BONIFAZ NUÑO (1923), JAIME GARCIA TERRES (1924), JAIME SABINES (1926), TOMAS SEGOVIA (1927), HUGO GUTIERREZ VEGA (1934), MARCO ANTONIO MONTES DE OCA (1932), GABRIEL ZAID (1934), JOSE EMILIO PACHECO (1939) y HOMERO ARIDJIS (1940).

En México existen varios grupos. Uno muy importante fue el que se aglutinó en torno de la revista "El pájaro Cascabel", dirigida por THELMA NAVA (1931). También fue importante el grupo "La Espiga Amotinada", integrado por JAIME LABASTIDA (1939), JAIME AUGUSTO SHELLEY (1937), ERACLIO ZEPEDA (1937), JUAN BASTIENOS (1930) y OSCAR OLIVA (1932).

NICARAGUA

Después de la ruptura con el pasado modernista

aparece la figura patriarcal de JOSE CORONEL URTECHO (1906). Esto fue posible gracias a la obra de SALOMON DE LA SELVA (1893-1958) y ALFONSO CORTES (1887-1969).

La vanguardia está representada, en Nicaragua, por Coronel Urtecho, LUIS ALBERTO CABRALES (1902-1974), MANOLO CUADRA (1907) y JOAQUIN PASOS (1914-1947). La obra literaria de Coronel Urtecho permaneció dispersa hasta 1970, año en que se publicó el volumen titulado *Pol-la d'ananta, katanta, paranta*, basado en un verso de Homero que quiere decir: "y por muchas subidas y caídas, vueltas y revueltas, dan con las casas". La poesía de Coronel Urtecho, tanto en su temática como en su expresión verbal, es proteica y oscila desde la imitación a modelos clásicos hasta la creación de un puro lenguaje de mi mujer".

País de grandes, personales y originales poetas, nos ocuparemos de cuatro de ellos: PABLO ANTONIO CUADRA (1912), JOAQUIN PASOS, CARLOS MARTINEZ RIVAS (1924) y ERNESTO CARDENAL (1925).

Pasos dejó una obra breve pero significativa. Su obra se ha reunido en el volumen *Poemas de un joven* (1962). Cuadra expresa las raíces históricas y culturales de Latinoamérica en sus principales libros: *Poemas nicaragüenses* (1934), *El jaguar y la luna* (1959) y *Los cantos de Cifar* (1969). Carlos Martínez Rivas es el más innovador y el más universal de todos: *El paraíso recobrado* (1944) y *La insurrección solitaria* (1953). Cardenal, de amplio registro, cantó el desamor, escribió contra la tiranía y recreó las crónicas americanas: *Hora O* (1960), *Salmos* (1964), *El estrecho dudoso* (1966) y *Homenaje a los indios americanos* (1971).

Otros poetas: ERNESTO MEJIA SANCHEZ (1923-1985), ERNESTO GUTIERREZ (1929), FERNANDO SILVA (1927), EDUARDO ZEPEDA-HENRIQUEZ (1930), BELTRAN MORALES (1944-1986), JORGE EDUARDO ARELLANO (1946), LEONEL RUGAMA (1950-1970) y GIOCONDA BELLI (1948).

PANAMA

MOISES CASTILLO (1899) y DEMETRIO KORSI (1899-1957) prepararon la irrupción de la nueva poesía en Panamá. Korsi fue más allá. Inició el compromiso político con sus libros *Los gringos llegan y la cumbia se va...* (1953) y *El tiempo se perdía y todo era lo mismo* (1956).

La vanguardia se manifiesta en la obra de DEMETRIO HERRERA SEVILLANO (1902-1950), autor de *Kodak* (1937), *La canción del esclavo* (1947) y *Ventana* (1950). ROGELIO SINAN (1904), seudónimo de Bernardo Domínguez Alba) es más conocido como novelista, pero sus tres libros de poemas son importantes: *Onda* (1929), *Incendio* (1944) y *Semana Santa en la niebla* (1949).

El surrealista RICARDO J. BERMUDEZ (1914) marca un hito con sus libros: *Adán liberado* (1944) y *Laurel de cenizas* (1951).

Otros poetas: TRISTAN SOLARTE (1924), seudónimo de Guillermo Sánchez), GHANGMARIN (1922, seudónimo de Carlos Francisco Chang Marín), JOSE FRANCO (1931), JOSE DE JESUS MARTINEZ (1929), PEDRO RIVERA (1939), ROBERTO MACKAY (1948), BERTALICIA PERALTA (1939), AGUSTIN DEL ROSARIO (1945) y DIANA MORAN (1932).

PARAGUAY

Paraguay vivió con retraso las corrientes renovadoras de la poesía mundial. Dentro de estas limitaciones es muy grande el aporte de HERIB CAMPOS CERVERA (1908-1953) y JOSEFINA PLA (1909). Sin ser un poeta extraordinario, a Campos Cervera se debe la introducción de las nuevas corrientes en su país. Escribió dos libros decisivos: *Ceniza redimida* (1950) y *Hombre secreto* (1966).

El poeta más divulgado es, sin duda, ELVIO ROMERO (1926). Desde su exilio en Buenos Aires fustigó a la dictadura paraguaya con sus encendidos poemas llenos de amor solidario y de indignación cívica. Sus libros más conocidos: *Despiertan las fogatas* (1953), *Libro de las migraciones* (1965) y *Un relámpago herido* (1967).

Otros poetas: CARLOS VILLAGRA MAR-SAL (1932), JOSE LUIS APPELYARD (1927), FRANCISCO PEREZ MARICEVICH (1937), RUBEN BAREIRO SAGUIER (1930), ROQUE VALLEJOS (1943).

PERU

Como ocurrió con Neruda en Chile, Vallejo ha ensombrecido, en el Perú, la obra de muchos y muy buenos poetas. Es el caso de MARTIN ADAN (1908-1985) seudónimo de Rafael de la Fuente Benavides. Escribió tres libros fundamentales: *La rosa de la espinela* (1939), *La mano desasida* (1964) y *La piedra absoluta* (1966).

También son capitales, los poetas MANUEL MORENO JIMENO (1913), autor de *La noche de ciega* (1947) y *Hermoso fuego* (1954); CARLOS GERMAN BELLI (1927), autor de *¡Oh hada cibernética!* (1962), *Sextinas y otros poemas* (1970) y *En alabanza del bolo alimenticio* (1979); JORGE EDUARDO EIELSON (1921), JAVIER SOLOGUREN (1922) y ALEJANDRO ROMUALDO (1926).

Otros poetas: WASHINGTON DELGADO (1927), FRANCISCO BENDEZU (1928), PABLO GUEVARA (1930), BLANCA VARELA (1926), JUAN GONZALO ROSE (1927-1982), ARTURO CORCUERA (1935), CESAR CALVO (1940), JAVIER HERAUD (1943-1963), REINALDO NARANJO (1941), ANTONIO CISNEROS (1942), WINSTON ORRILLO (1941), JOSE WATANABE (1946), ELQUI BURGOS (1946), JORGE PIMENTEL (1944) y ENRIQUE VERASTEGUI (1950).

PUERTO RICO

La figura más importante de inicios del siglo es JOSE DE DIEGO (1867-1918). De Diego es el

poeta puente entre el modernismo y el compromiso político: *Jovillo* (1916) y *Cantos rebeldes* (1916).

La nueva poesía arranca de la tardía experiencia modernista de LUIS LLORENS TORRES (1878-1944), autor de un poema fundacional, *Canción de las Antillas* (1913). Con él llegó la renovación y después de él floreció la obra de dos poetas singulares: EVARISTO RIVERA CHEVREMONT (1896-1976) y LUIS PALES MATOS (1898-1959), ya estudiado.

El poeta más significativo de Puerto Rico es FRANCISCO MATOS PAOLI (1915), autor de *Criatura del rocío* (1958), *Canto de la locura* (1962), *La marea sube* (1971) y *Testigo de la esperanza* (1974): Aborda temas de índole religiosa, filosófica y política.

Con la muerte temprana de JULIA DE BURGOS (1916-1953) Puerto Rico pierde una de sus mejores voces líricas. Con versos sonoros y profundos canta al amor, a la injusticia social y a la muerte. Entre sus libros: *Poema en veinte surcos* (1938), *Canción de la verdad sencilla* (1939) y *El mar y tú* (1954).

Otros poetas relevantes: VIRGILIO DAVILA (1869-1943), LUIS HERNANDEZ AQUINO (1907), JUAN A. CORRETIER (1908-1985), FELIX FRANCO OPPENHEIMER (1912), CARMEN ALICIA CADILLA (1908), VIOLETA LOPEZ SURIA (1926), JORGE LUIS MORALES (1930), MANUEL MARTINEZ MALDONADO (1937), OLGÁ NOLLA (1938), HJALMAR FLAX (1942), SALVADOR VILLANUEVA (1947), JOSE LUIS VEGA (1948), AUREA MARIA SOTOMAYOR (1951) y ETNAIRIS RIVERA (1949).

REPUBLICA DOMINICANA

La transición hacia la vanguardia está representada por RICARDO PEREZ ALFONSECA (1892-1950), DOMINGO MORENO JIMENEZ (1894) y RAFAEL AUGUSTO ZORRILA (1892-1937). Ellos abonaron el terreno de la poesía versicular, postsimbolista, abierta a la naturaleza exultante y al mito. Expresión de este mundo lírico es la obra de FRANKLIN MIESES BURGOS (1907-1976), RAFAEL AMERICO HENRIQUEZ (1899-1969) y TOMAS HERNANDEZ FRANCO (1904-1952), autor de un poema memorable: *Yélida* (1942).

Desde posiciones testimoniales o políticas y existenciales o culturalistas, sobresalen HECTOR INCHAUSTEGUI CABRAL (1912-1979), MANUEL DEL CABRAL (ya estudiado en otro capítulo), PEDRO MIR (1913), FREDDY GATÓN ARCE (1920), ANTONIO FERNANDEZ SPENCER (1923) y MANUEL RUEDA (1921), autor de *Las noches* (1949), *Tríptico* (1949) y *La criatura terrestre* (1963), entre otros libros.

Otros poetas: LUPO HERNANDEZ RUEDA (1931), JUAN SANCHEZ LAMOUTH (1929-

1965), JEANNETTE MILLER (1945), NORBERTO JAMES (1945), MATEO MORRIOSN (1947), LUIS MANUEL LEDESMA (1949) y JOSE ENRIQUE GARCIA (1948).

URUGUAY

Una obra impregnada de lecturas y preocupaciones filosóficas y un lenguaje torturado por los rigores del concepto caracterizan a EMILIO ORIBE (1893-1975), poeta solitario en medio de una constelación de grandes nombres, entre los cuales emerge el de JUAN CUNHA (1910-1985), autor de *El pájaro que vino de la noche* (1929), *Guardián oscuro* (1937) y *Sueño y retorno de un campesino* (1951). Si Cunha representa la emoción campesina enfrentada a un mundo hostil o indiferente, SARA DE IBAÑEZ (1909-1971) es la voz culta, refinada y formalista que se inquieta ante el dolor humano y canta su aflicción a través de oscuros símbolos y con un alto rigor lingüístico. Obras representativas: *La batalla* (1967), *Apocalipsis XX* (1970) y *Canto póstumo* (1973).

Otros poetas: ROBERTO IBAÑEZ (1907-1978), MARIO BENEDETTI (1920), SARANDY

CABRERA (1922), HUGO EMILIO PEDEMONTE (1930), DORA ISELLA RUSSELL (1925), IDA VITALE (1925), MILTON SCHINCA (1926), IDEA VILARIÑO (1928) y SAUL IBARGOYEN (1930).

VENEZUELA

ANDRES ELOY BLANCO (1897-1955), por sus valores cívicos y su verso sencillo, y JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE (1890-1930) por sus valores estéticos (poesía alegórica de espanto y pesadilla) abren la poesía nueva en Venezuela. Su mayor exponente es VICENTE GERBASI (1913), autor de *Vigilia del naufrago* (1937), *Mi padre, el inmigrante* (1945) y *Círculos de trueno* (1953).

Otros poetas: ANGEL MIGUEL QUEREMEL (1900-1939), OTTO D'SOLA (1912), JUAN LISCANO (1915), JOSE RAMON MEDINA (1921), IDA GRAMCKO (1925), RAFAEL CADENAS (1930), JUAN CALZADILLA (1931), GUILLERMO SUCRE (1933), RAMON PALOMARES (1935), CAUPOLICAN OVALLE (1936), ARGENIS DAZA GUEVARA (1939).

ANTOLOGIA

CESAR VALLEJO

Quiero escribir, pero me sale espuma,
quiero decir muchísimo y me atollo;
no hay cifra hablada que no sea suma,
no hay pirámide escrita, sin cogollo.

Quiero escribir, pero me siento puma;
quiero laurearme, pero me encebollo.
No hay tos hablada que no llegue a bruma,
no hay dios ni hijo de dios, sin desarrollo.

Vámonos pues, por eso, a comer yerba,
carne de llanto, fruta de gemido,
nuestra alma melancólica en conservas.

Vámonos! Vámonos! Estoy herido;
vámonos a beber lo ya bebido,
vámonos, cuervo, a fecundar tu cuerva.

(Intensidad y altura, en *Poemas humanos*)

JORGE LUIS BORGES

En la infancia yo ejercí con fervor la adoración del tigre: no el tigre overo de los camalotes del Paraná y de la confusión amazónica, sino el tigre rayado, asiático, real, que sólo pueden afrontar los hombres de guerra, sobre un castillo encima de un elefante. Yo solía demorarme sin fin ante una de las jaulas en el Zoológico; yo apreciaba las vastas enciclopedias y los libros de historia natural, por el esplendor de sus tigres. (Todavía me acuerdo de esas figuras: yo no puedo recordar sin error la frente o la sonrisa de una mujer). Pasó la infancia, caducaron los tigres y su pasión, pero todavía están en mis sueños. En esa napa sumergida o caótica siguen prevalenciando y así: Dormido, me distrae un sueño cualquiera y de pronto sé que es un sueño. Sueño pensar entonces: Este es un sueño, una pura diversión de mi voluntad, y ya que tengo un ilimitado poder, voy a causar un tigre.

¡Oh, incompetencia! Nunca mis sueños saben engendrar la apetecida fiera. Aparece el tigre, eso sí, pero disecado, o endeble, o con impuras variaciones de forma, o de un tamaño inadmisibles, o harto fugaz, o tirando a perro o a pájaro.

(*Dreamtigers*, de *El hacedor*)

Del otro lado de la puerta un hombre
deja caer su corrupción. En vano
elevará esta noche una plegaria
a su curioso dios, que es tres, dos, uno,
y se dirá que es inmortal. Ahora
oye la profecía de su muerte
y sabe que es un animal sentado.
Eres, hermano, ese hombre. Agradecemos
los vermes y el olvido.

(*La prueba*, de *La cifra*)

ROBERTO ARLT

Me dije:

- Y así es la vida, quejarse de lo que fue. - Con cuanta lentitud caían los hijos de agua. Y así era la vida. Dejé el plato en tierra, para agrandar mis cavilaciones con estas ansiedades.

¿Saldría yo alguna vez de mi íntima condición social, podría convertirme algún día en un señor, dejar de ser el muchacho que se ofrece para cualquier trabajo?

Pasó un teniente y adopté la posición militar... Después me dejé caer en un rincón y la pena se me hizo más honda.

En el futuro, no sería yo uno de esos hombres que llevan cuellos sucios, camisas zurcidas, traje color vinoso y botines enormes, porque en los pies les han salido callos y juanetes de tanto caminar, de tanto caminar solicitando de puerta en puerta trabajo en que ganarse la vida.

Me tembló el alma. ¿Qué hacer, qué podría hacer para triunfar, para tener dinero, mucho dinero? Seguramente no me iba a encontrar en la calle una cartera con diez mil pesos. ¿Qué hacer entonces? Y no sabiendo si pudiera asesinar a alguien, si al menos hubiera tenido algún pariente, rico, a quien asesinar y responderme, comprendí que nunca me resignaría a la vida penuriosa que sobrellevan naturalmente la mayoría de los hombres.

De pronto se hizo tan evidente en mi conciencia la certeza de que ese anhelo de distinción me acompañaría por el mundo, que me dije:

- No me importa no tener traje, ni plata, ni nada. - y casi con vergüenza me confesé: Lo que yo quiero es ser admirado de los demás, elogiado de los demás. ¡Qué me importa ser un perdulario! Eso no me importa... Pero esta vida mediocre... Ser olvidado cuando muera, esto sí que es horrible. ¡Ah, si mis inventos dieran resultado! Sin embargo, algún día me moriré, y los trenes seguirán caminando, y la gente irá al teatro como siempre, y yo estaré muerto, bien muerto... muerto para toda la vida.

Un escalofrío me erizó el vello de los brazos. Frente al horizonte recorrido por navíos de nubes, la convicción de una muerte eterna espantaba mi carne. Apresurado, cogiendo el plato, fui a la pileta.

¡Ah, si se pudiera descubrir algo para no morir nunca, vivir aunque fuera quinientos años!

(Fragmento de *El juguete rabioso*)

LEOPOLDO MARECHAL

"Porque no han de creer ustedes que la revelación de tan inusitada metamorfosis me trajera un asomo de pánico. Cierto es que me inquietó al principio la serie de incomodidades que yo suponía inherentes a mi nueva organización. Pero cuando, y no sin elegancia, me arrastré holgadamente por la alfombra; cuando me atreví a escalar los muros, haciendo gala de la misma soltura; cuando recorrí, dorso abajo, el techo del recinto, menospreciando las viejas y temidas leyes de la gravitación; cuando miré las cosas desde ángulos para mí desconocidos y medí el caudal de mis nuevas posibilidades, una exaltación gozosa me dominó aquella noche, hasta el rayar del alba. Entonces, viendo que la luz del día se filtraba por la claraboya, recordé al Bibliotecario: ¿advertiría ese hombre ciego mi escandalosa transformación? Ahí estaban sus ropas amontonadas en el suelo, esas malditas prendas que, al abandonarme, recobraban ahora su color original: ¡el Bibliotecario repararía en ellas, fatalmente, no bien se asomase al recinto número tres! Por fortuna, me asaltaba de nuevo aquella voracidad infinita que ya les describí; pero no ahora de sustancias intelectuales, sino

de materias duras que se pudiesen roer y tragar. Me comí, pues, toda mi ropa; y, volviéndome al sillón frailerero, espíe la llegada del Bibliotecario. Entró al fin, paseó en torno una mirada vacía, y se fue. *Deo gratias!*

(...)

"Me atracaba y dormía luego: los anillos de mi abdomen engordaban peligrosamente, y derrumbado en mi sillón frailerero sentía yo que mis modorras eran cada vez más largas. Por fin llegó el día en que no pude abandonar el sillón: me aletargaba, conseguía despertar un instante y no tardaba en sucumbir otra vez a los reclamos de mi terrible sueñera. Un frío sudor brotaba de mi cuerpo anillado y se endurecía inmediatamente, hasta formar a mi alrededor una costra segura, un capullo cerrado, una inviolable cámara de sueño. Y dormí en mi capullo largamente, hasta despertar un día, lleno de no sé yo qué fuerzas locas ni de qué impulsos desconocidos. Me revolví en la estrechez de mi prisión, desgarré al fin la dura cáscara que me ceñía; y salí revoloteando, ebrio de luz, ansioso de alturas. ¡Qué ridículamente pequeño era el recinto número tres! Batía yo mis alas en un arranque de vuelo, y daba de cabeza en las paredes, en las librerías, en el cielo raso, en la claraboya cerrada, tal como si aquel recinto fuera otro capullo que debería yo romper igualmente. Apareció entonces el Bibliotecario que Miraba desde Brumosas Lejanías: abstracto como siempre, vestido de silencios, con su indiferencia vegetal y su cachaza terrible, aquel hombre, si es que realmente lo era, me abrió de par en par la claraboya. Y salí volando al aire libre para descender a este Infierno".

Don Ecuménico había terminado su historia. Nos miró a todos en la cara, fija y ansiosamente, como si aguardase una objeción, acaso una pregunta o siquiera una mirada consoladora. Pero Schultze y Tesler se mantenían en su aire lejano, y no encontré yo palabra que decirle. Visto lo cual don Ecuménico agitó sus alas, consiguió alzar el vuelo y se alejó pesadamente, revoloteando entre las flores monstruosas.

(Fragmento de *Adán Buenosayres*. Cap. XII)

FELISBERTO HERNANDEZ

Obligado o traicionado por mí mismo a decir cómo hago mis cuentos, recurriré a explicaciones exteriores a ellos. No son completamente naturales, en el sentido de no intervenir la conciencia. Eso me sería extremadamente antipático. Preferiría decir que esa intervención es misteriosa. Mis cuentos no tienen estructuras lógicas. A pesar de la vigilancia constante y rigurosa de la conciencia, ésta también me es desconocida. En un momento dado pienso que ese rincón de mí nacerá una planta. La empieza a acechar creyendo que en ese rincón se ha producido algo raro, pero que podría tener porvenir artístico. Sería feliz si esta idea no fracasara del todo. Sin embargo, debo esperar un tiempo ignorado: no sé cómo hacer germinar la planta, ni cómo favorecer, ni cuidar su crecimiento; sólo presiento o deseo que tenga hojas de poesía; o algo que se transforme en poesía si la miran ciertos ojos. Debo cuidar que no ocupe mucho espacio, que no pretenda ser bella o intensa, sino que sea la planta que ella misma esté destinada a ser, y ayudarla a que lo sea. Al mismo tiempo ella crecerá de acuerdo a un contemplador al que no hará mucho caso si él quiere sugerirle demasiadas intenciones o grandezas. Si es una planta dueña de sí misma tendrá una poesía natural, desconocida por ella misma. Ella debe ser como una persona que vivirá no sabe cuánto, con necesidades propias, con un orgullo discreto, un poco torpe y que parezca improvisado. Ella misma no conocerá sus leyes, aunque profundamente las tenga y la conciencia intervendrá, pero en última instancia impondrá su voluntad. Y enseñará a la conciencia a ser desinteresada.

Lo más seguro de todo es que yo no sé cómo hago mis cuentos, porque cada uno de ellos tiene su vida extraña y propia. Pero también sé que viven peleando con la conciencia para evitar los extranjeros que ella les recomienda.

(*Explicación falsa de mis cuentos*, Introducción al libro *Las hortensias y otros cuentos*)

EDUARDO MALLEA

Era como si llevara adentro un gran sollozo que no pudiera estallar. Como si no pudiera parirlo.

Se desnudó. ¿Iba a acostarle una vez más, a levantarse una vez más? Miró en torno: ahí estaban las cosas de siempre, iguales -¡las cosas!-, y ese ser, su marido, que retornaría pronto a lo mismo. Ella sintió adentro una protesta.

De golpe se levantó y abrió las ventanas del comedor, corrió a la puerta, la abrió, dejó entrar el viento helado. Retrocedió y trajo una silla, una silla de hamaca y la colocó en la galería al aire libre. Se dejó caer, con los brazos exánimes. Que acabara todo. Que el viento, en esa estación humana, barrera con lo que quisiera barrer. Oyó el ruido del viento que azotaba la casa, la poesía, entra-

ba en ella al asalto. Sintió ese hielo, ¡con qué alivio!...

El vasto cielo estaba allá arriba, tenuemente lechoso. Las estrellas se confundían en el polvo plateado. Las sierras y el campo eran una sola tiniebla. El viento traía un olor a menta, el olor penetrante del suico. Los nogales y los álamos de *La Carolina* soportaban allá abajo, como ella, el viento helado, y le llegaba el rumor de sus hojas, similar a un frote sibilante. ¡Ah, Dios, por fin entregarse a la vida olorosa a viento y sin cadenas! Le parecía ver pasear al doctor de jacquet gris por las calles de Ingeniero White, ebrio y solcmne. El viejo entraba y se acercaba a su cama, mascullando un versículo bíblico, y estaba allí Delia Novo, estupefacta, con los ojos enormes... Todos estaban traspasados de frío. Una gran ronda de gente reía en la tarde muriente de domingo junto a las casas de madera. (El viento frío la penra hasta los huesos. Las ventanas se golpean y, sueltas, las enredaderas vuelan como cabelleras negras en la noche). Ella bailaba entre ferrocarrileros en el hotel Sudamericano con aquel hombre alto y sombrío de quien sólo sabía entonces que se llamaba Nicanor Cruz. ¿Por qué no había un solo niño a su alrededor? ¡Cómo la ha dejado el viento, en seguida, sin sangre! Está helada, transida; y todo se acaba, todo lo que hay en esa casa... todo...

Al día siguiente los peones encontraron a Nicanor Cruz muerto, helado, y a ella amoratada y sin conocimiento en la galería de la casa.

(Fragmento de *Todo verdor perecerá*. Primera parte)

PABLO NERUDA

Piedra en la piedra, el hombre, dónde estuvo?
 Aire en el aire, el hombre, dónde estuvo?
 Tiempo en el tiempo, el hombre, dónde estuvo?
 Fuiste también el pedacito roto
 de hombre inconcluso, de águila vacía
 que por las calles de hoy, que por las huellas,
 que por las hojas del otoño muerto
 va machacando el alma hasta la tumba?
 La pobre mano, el pie, la pobre vida...
 Los días de la luz deshilachada
 en ti, como la lluvia
 sobre las banderillas de la fiesta,
 dieron pétalo a pétalo de su alimento oscuro
 en la boca vacía?
 Hambre, coral del hombre,
 hambre, planta secreta, raíz de los leñadores,
 hambre, subió tu raya de arrecife
 hasta estas altas torres desprendidas?

(...)

Antigua América, novia sumergida,
 también tus dedos,
 al salir de la selva hacia el alto vacío de los dioses,
 bajo los estandartes nupciales de la luz y el decoro,
 mezclándose al trueno de los tambores y de las lanzas,
 también, también tus dedos,
 los que la rosa abstracta y la línea del frío, los
 que el pecho sangriento del nuevo cereal trasladaron
 hasta la tela de materia radiante, hasta las duras
 cavidades,
 también, también, América enterrada, guardaste en lo
 más bajo,
 en el amargo intestino, como un águila, el hambre?

(Fragmento de *Canto General*. Canto X de *Alturas de Macchu Picchu*)

ALEJO CARPENTIER

Un chubasco repentino, brutal, arremolinó el aire. Caía el agua, vertical y densa, sobre las plantas del patio, con tal saña que arrojaba la tierra fuera de los canteros. "Ya viene", dijo Víctor. Un vasto rumor cubría, envolvía, la casa, concertando las aficiones particulares del tejado, las per-

sianas, las lucetas, en sonidos de agua espesa o de agua rota; de agua salpicada, caída de lo alto, escupida por una gárgola, o sorbida por el tragante de una gotera. Luego hubo una tregua, más calurosa, más cargada de silencio que la calma de la prima noche. Y fue la segunda lluvia -la segunda advertencia-, más agresiva aún que la anterior, acompañada esta vez de ráfagas descompasadas que se fueron apretando en sostenido embate. Víctor salió a la galería del patio, sobre cuyo resguardo pasaba el viento sin detenerse ni entrar, llevado adelante por el impulso que traía, girando sobre sí mismo, apretando, espesando la rotación, desde las lejanías del Golfo de México o del mar de los Sargazos. Con maña marinera probó el agua de la lluvia: "Salada. De mar. *Pas de doute*". Hizo un gesto de resignación y, para mostrar que las horas próximas serían de prueba, fue a buscar botellas de vino, copas, galletas, y se acomodó en una butaca, rodeándose de libros.

(...)

Fue poco después de la medianoche cuando entró el grueso del huracán en la ciudad. Sonó un bramido inmenso, arrastrando derrumbres y fragores. Rodaban cosas por las calles. Volaban otras por encima de los campanarios. Del ciclo caían pedazos de vigas, muestras de tiendas, tejas, cristales, ramazones rotas, linternas, toneles, arboladuras de buques. Las puertas todas eran golpeadas por inimaginables aldabas. Tiribaban las ventanas entre embate y embate. Estremecíanse las casas de los basamentos a los techos, gimiendo por sus maderas. Fue ése el momento en que un torrente de agua sucia, fangosa, salida de las cuadras, del traspatio, de la cocina, venida de la calle, se derramó en el patio, tupiendo sus tragantes con un lodo de boñigas, cenizas, basuras y hojas muertas.

(Fragmento de *El siglo de las luces*)

AGUSTIN YAÑEZ

AQUELLA noche Don Timoteo Limón había cenado ni más ni menos que todas las noches y a la primera campanada de queda, como todas las noches, a solas ya en su cuarto, había comenzado a rezar el rosario de su devoción por el Alma del purgatorio más necesitada u olvidada; cuando llegó al tercer misterio, los aullidos del Orión, el perro veterano, quisieron distraerlo; pero un esfuerzo de la conciencia redujo a los pensamientos en fuga y el piadoso ejercicio continuó, sin parar mientes en que Orión siguiera ladrando con sombríos acentos de maleficio.

Le pareció raro a Don Timoteo no bostezar en la letanía y llegar al Bendito sin que se le cerraran de sueño los párpados, como todas las noches.

No, no era noche de luna, ni soplaba viento. Quiso cerciorarse, y abrió el postigo que cae al patio. No había ningún ruido en la casa ni en el pueblo. El perro había dejado de aullar; pero ahora recordaba que los aullidos lastimeros duraron hasta que terminaron el rosario y sus devociones personales a la Sábana Santa, a la Santísima Trinidad, a las Cinco Llagas, a los Santos Varones Arimatea y Nicodemo, al Señor San José patrono de la Buena Muerte, a San Miguel Arcángel, a Nuestra Señora del Carmen, a San Jorge abogado contra los animales ponzoñosos, a San Pascual Bailón que anuncia a los devotos la hora de la muerte, a San Isidro Labrador, a San Jerónimo y al Ángel de la Guarda. Fueron unos aullidos temerosos, exactamente iguales a los que prorrumpe Orión, el viejo perro, cuando va a acontecer o está aconteciendo alguna desgracia. (...)

Alucinaciones o coincidencias, no más. Pero la carne es flaca y el corazón miedoso; en el fondo del corazón y en la flor de la carne despierta el terror, por más que la inteligencia ceñida a los mandamientos, y la voz, y la risa, traten de disimularlo.

(...)

Pero en cambio recuerda que mientras rezaba fueron apareciendo, quién sabe cómo, quién sabe dónde (pues no cree haberse distraído), fueron apareciendo imaginaciones de cosas pasadas y de cosas no sucedidas: allí entre palabras devotas, anduvo el rostro del difunto Anacleto, el penoso rostro que hace veinticinco años apenas lo deja en paz algunos breves minutos de algunos días, y hasta en sueños lo persigue; no, nunca se le ha podido borrar; creyó al principio que se le borraría y para eso voluntariamente se entregó a las autoridades; lo absolvieron, juzgando legítima la defensa; desde entonces, a trasmano, favorece a los dolientes del difunto; no hay año que no le mande decir su misa; pero el rostro contraído, lleno de sangre, la boca espumosa, los dientes terrosos, las manos agarrotadas, los mechones revueltos, los ojos fijos, pelados, no lo dejan en paz, ni nunca el arrepentimiento queda satisfecho. El Orión padre, que lo acompañaba esa fatídica noche del siete de agosto de mil ochocientos ochenta y cuatro, le anunció la desgracia con fatídicos aullidos...

(Fragmento de *Al filo del agua*)

ARTURO USLAR-PIETRI

Don Carlos de Arcedo habló con el indio, y aquella conversación fue definitiva en su vida. Venía del Sur, del remoto Sur, de las hondas tierras vírgenes, adonde el blanco aun no había llegado.

- Rico -dijo el indio, y mostró a Arcedo varios pedazos de oro puro que traía escondidos entre hojas de plátano.

- ¿Dónde lo encontraste?

- ¡Allá!...

Fragmentariamente, casi por señas, haciendo adivinar las palabras, le construyó la visión de un reino fantástico. Decía venir del fondo de un mundo ingnorado. Andando, había visto pasar más de cien lunas. Bajo sus pies cambiaba el aspecto de la tierra. Salió de hondas mesetas, pasó sierras interminables, en las que los árboles no dejan entrar el sol, montañas de sombra verde. Vio pájaros como joyas, parásitas gigantes, tigres de seda amarilla, venados blancos. Atravesó llanuras, sin ver en días enteros otra cosa que la llanura desnuda. Cruzó ríos anchos como el mar, donde duermen todas las lluvias. Bajo sus pies, el mundo daba vuelta. Venía de lejos. Había visto lo que apenas se vislumbra en los sueños. Una tarde, allá, en lo hondo de lo remoto, desde la orilla de un lago violeta, vio la otra orilla, y en la otra orilla una ciudad de oro que parecía incendiada; en el resplandor inmenso ardían el aire y la tierra. Con mil olores chocaban en chorros de reflejos piedras rojas y piedras verdes y piedras blancas como unpedazo de sol. El fuego de la luz estremecía el agua.

(Fragmento de *Las lanzas coloradas*)

JOÃO GUIMARÃES ROSA

... Pero el Lindorífico recordaba una fiesta, en algún lugarejo, más abajo de allá: de los que batusqueaban, el repujado de las zanfonas, mucho aguardiente, las mujeres iban y daban ombligazos, se quitaban la ropa, los caballeros llevaban a las damas a las matas, en lo oscuro de enamoramientos; otros desafiaban a otros a pelear. ¿Para qué? ¿Por qué no gozar lo general, pero con educación, sin los desórdenes? Saber aquello me entristecía. Hay cosas que no son de maldad en sí, pero hacen daño, porque son el acaso del viraje, como lo que no es hecho. Como el aguamiel que se agría. Vivir es muy peligroso, ya se lo he dicho a usted.

(...)

Y empeoró una pizca el tiempo, en Minas entramos, sierra arriba, con los caballos enjaezados. Entonces el truenito; y lloviznaba. La ladera, ruin rampa, pero alcanzamos el cabo de la llanura. Fui a ver, con el viento en las orejas, el viento que no cambia de músicas. Todo consabía bien; eso sí, digo; en lo medido de lo trivial, un espacio de lluvia, nosotros avanzando por aquellos llanos: se hacía un río, por debajo, entre las patas de mi caballo. Sertón viejo de edades. Porque -la sierra pide sierra-, y desde aquéllas, altas, es por lo que usted ve bien cómo el sertón va y vuelve. De nada sirve volver la espalda. El anda por aquí, y va a andar por otros lugares, tan distantes. Su rumor se escucha. El sertón, siendo del sol y de los pájaros, urubú, gavilán, que siempre vuelan, las inmensidades, por sobre... Travesía peligrosa, pero es la de la vida. El sertón que sube y que baja. Pero que las curvas de los campos extienden siempre hacia más lejos. Allí envejece el viento. Y los bichos bravos, de su fondo...

(Fragmento de *Grande sertão: veredas*. Versión de Angel Crespo)

JUAN CARLOS ONETTI

Loca, yo estaba menos desamparado, menos joven que ella. Pero seguí sabiendo que era una mujer, más fuerte, infinitamente más antigua; completa y solitaria como la unidad. Sin empujarme, sin peso, colocó una mejilla contra mi pecho y se rió, puso la otra mientras lloraba. Le acaricié la cabeza con una mano entorpecida y falsa; con la otra apretaba la pipa en el bolsillo del impermeable. Detrás de mí estaban el vacío y las tinieblas de la escalera, el paso de la noche y la negatíva de su silencio. Julita alternaba contra mi cuerpo los costados de su cabeza, a compás lentamente, para que yo pudiera continuar acariciándosela. El hueco de la escalera, nada más que la sombra despoblada a mis espaldas. Recordé la cara de ella un momento antes, comprendí que había visto allí, deliberado, exhibido con voluntaria exageración, el sentido de todas las caras humanas, el fin para el cual crecen, actúan, existen los huesos, la piel, los músculos, los pelos y agujeros de las caras: imponerse a los demás, abolirlos, ser en ellos y obligarlos a ser en nosotros.

Volvió a besarme y apoyó los nudillos contra un bostezo. Sin cuidarme del ruido y haciendo

sonar por gusto los zapatos desde la mitad de la escalera, bajé los peldaños, abrí la puerta con los ojos cerrados para separarme del quejido de los goznes y salí al jardín, a la noche calurosa y ya sin lluvia. Había estrellas y grandes nubes livianas y cenicientas que se iban.

(Fragmento de *Juntacadáveres*)

OSCAR CERRUTO

Dónde estáis, días en flor, joyas
de claridad, tumultos, ebrias
fulguraciones aurorales.
Dónde, color de dicha, rosa.
Rosa lustral, abierta al puro
cielo del mundo impuro. Dónde
cayó en qué fango tu delicia.
Holocausto del desamparo.
Oh sólo noche ahora nombra
tu nombre. Sólo nada ahoga
la sonrisa, huída, muerta.
Dónde estáis, flechas de alegría,
encendida hermosura. Cantos,
promesas, goce. Sólo espuma.

(*Cántico traspasado, en Patria de sal cautiva*)

ALBERTO GIRRI

II

Ni pegado a sus puertas
ni alucinado por sus abismos
 más bien
que tu necesidad se colme escuchándolos
como desde la última fila
de una platea,
 una perspectiva
para destacar no nombres sino grupos, familias,
y radicalmente los dos que tocan, espejean,
la médula de toda escritura,
 modelos
según el principio de aludir
hacia abajo, adentro, decoro y sutileza,
 y modelos
cuyos rasguídos van
por la inmediatez, enseñarte
cómo se da lo absoluto en el marco
de lo crudo, natural.

(*Artista adolescente*)

JOÃO CABRAL DE MELO NETO

Aquel río
es espeso
como lo real más espeso.
Espeso
por su paisaje espeso,
donde el hambre
extiende sus batallones de secretas
e íntimas hormigas.
Y espeso
por su fábula espesa;
por el fluir

es más espesa
que su flor;
como el árbol
es más espeso
que su simiente;
como la flor
es más espesa
que su árbol,
etc. etc.

de sus jaleas de tierra;
al parir
sus islas negras de tierra.

Porque es mucho más espesa
la vida que se desdobra
en más vida,
como una fruta

Espeso,
porque es más espesa
la vida que se lucha
cada día,
el día que se alcanza
cada día
(como un ave
que va cada segundo
conquistando su vuelo).

(Fragmento de *O cão sem plumas / El can sin plumas*. Versión de Carlos Germán Belli)

AURELIO ARTURO

Trabajar era bueno en el sur, cortar los árboles,
hacer canoas de los troncos.
Ir por los ríos en el sur, decir canciones,
era bueno. Trabajar entre ricas maderas.

(Un hombre de a riba, unas manos hábiles,
un hombre de ágiles remos por el río opulento,
me habló de las maderas balsámicas, de sus efluvios...
Un hombre viejo en el sur, contando historias).
Trabajar era bueno. Sobre troncos
la vida, sobre la espuma, cantando las crecientes.
¿Trabajar un pretexto para no irse del río,
para ser también el río, el rumor de la orilla?

(...)
Grata fue la rudeza. Y las blancas aldeas,
tenían tan suaves brisas: pueblecillos de río,
en sus umbrales las mujeres sabían sonreír y dar un beso.

Gasta fue la rudeza y ese hábito de hombría y de resinas.
Me llena el corazón de luz de un suave rostro
y un dulce nombre, que en mi ruta cayó como una rosa.

Aldea, paloma de mi hombro, yo que silbé por los caminos,
yo que canté, un hombre rudo, buscaré tus helechos,
acariciaré tu trenza oscura -un hombre bronco-,
tus perros lamerán otra vez mis manos toscas.

Yo que canté por los caminos, un hombre de la orilla,
un hombre de ligeras canoas por los ríos salvajes.

(Fragmentos de *Rapsodia de Saulo*, en *Morada al Sur y otros poemas*)

GERMAN PARDO GARCIA

Antes que la gran tarde continental se llene de sombras,
cual una patria aérea invadida por grupos de oscuras águilas,
concentraré mi cuerpo cerca de estos valles
que dibujan sobre los meridianos de la tierra
la historia remotísima de la sangre aborigen
y los relatos del hombre habitador de hidrotópicos mundos.
Haré que las hondas selvas próximas a escuchar pregones lejanos
de quenás, cornamusas y roncós tepozatlís,
me entreguen su conmoción ante el silencio
que baja de los Andes como jaguar a las cuevas
donde arañas deformes trabajan para la muerte
como trabajan también hormiga y chucua para la muerte,
mientras la constructora mecánica del suelo
fermenta el hervor caótica de gérmenes que viven
mezclándose con la pudrición debajo de las ciénagas.

(...)

He de volver a sus desiertos a engrandecer mi espíritu.
 Su sombra es luz de mis poderes veteranos.
 Su pan el hambre de mi boca.
 Su tempestad mi sosiego.
 Su pudrición el más salvaje de mis gozos.
 Yo soy el compañero de sus tribus que caminan
 sobre savias vigorosas preguntando
 por el instante mismo de la muerte.
 Abandonaré ciudades, olvidaré metrópolis
 y volveré a tenderme a la orilla de un río silencioso,
 uno de esos turbios ríos de nombres musicales: Infrida, Vaupés,
 a esperar como las serpientes el amparo de la noche de América.

(Fragmento de *Teoría de la noche americana*, en *U. Z. llama al espacio*)

EUGENIO FLORIT

Miami (Florida).

Aquí ya es otra cosa.
 Ese vaho de muerte cotidiana,
 ese viento de rota mariposa,
 quedaron a mis pies, ya desprendidos
 de polvo, y fango, y de veneno.
 Ahora ya está un sinfín de altos sonidos.
 Y un sol ardiente
 -limpio de negra voz endurecida-
 quema la escoria del dolor presente.
 Aquí está ya la maravilla
 de sentirse canción, y pensamiento,
 y gota de agua, y tímida semilla.

(En *Bay Front Park*, en *Hábito de esperanza*)

JOSE LEZAMA LIMA

Cuando llegué a la subdividida casa,
 donde lo mismo podía encontrar el falso
 reloj de Postdam los días de recibo
 del ajedrecista Von Palem, o el perico
 de porcelana de Sajonia, favorito de María Antonieta.
 Estaba allí también, en su caja de peluche
 negro y de algodón envuelto en tafetán blanco,
 la pequeña diosa de jade, con un gran ramo
 que pasaba de una mano a la otra más fría.
 La ascendí hasta la luz, era el antiguo
 rayo de luna cristalizado, el gracioso bastón
 con el que los emperadores chinos juraban el trono,
 y dividían el bastón en dos partes y la sucesión
 milenaria seguía subdividiendo y siempre quedaba el jade
 para jurar, para dividir en dos partes,
 para el ying y para el yang.

(...)

Pero el jade es también un carbunco entre el río y el espejo,
 una prisión del agua donde despereza
 el pájaro hoguera, deshaciendo el fuego en gotas.
 Las gotas como peras, inmensas máscaras
 a las que el fuego les dictó las escamas de su soberanía.
 Las máscaras hechas realezas por las entrañas
 que les enseñaron como el caracol
 extraer el color de la tierra.
 Y la frialdad del jade sobre las mejillas,

para proclamar su realceza, su peso verdadero,
 su huella congelada entre el río y el espejo.
 Probar su realidad por el frío,
 la gracia de su ventana por la ausencia,
 y la reina verdadera, la prueba del jade,
 por la fuga de la escarcha
 en un breve trinco que traza letras
 sobre el nido de las mejillas.
 Cerramos los ojos, la nieve vuela.

(Fragmento de *La prueba del jade*)

GASTON BAQUERO

Tiempo total. Espacio consumado.
 No más ritual asirio, ni flecha,, ni salterio.
 El áureo Nilo de un golpe se ha secado,
 y queda un único libro: el cementerio.
 Reverso de Epiménides, ensimismado
 contemplabas el muro y su misterio:
 sorbías, por la imagen de ciervo alebestrado,
 del unicornio gris el claro imperio.

Sacerdotes etruscos, nigromantes,
 guerreros de la isla Trapobana,
 coregas de Mileto, rubios danzantes,

se despidieron ya: sólo ha quedado,
 sobre la tumba del pastor callado,
 el zumbido de la abeja tibetana.

(*Epicedio para Lezama, en Magias e invenciones*)

NICANOR PARRA

El que quiera llegar al paraíso
 Del pequeño burgués tiene que andar
 El camino del arte por el arte
 Y tragar cantidades de saliva:
 El noviciado es casi interminable.

Lista de lo que tiene que saber.

Anudarse con arte la corbata
 Deslizar la tarjeta de visita

Sacudirse por lujo los zapatos
 Consultar el espejo veneciano
 Estudiar de frente y de perfil
 Ingerir una dosis de cognac
 Distinguir una viola de un violín
 Recibir en pijama a las visitas
 Impedir la caída del cabello
 Y tragar cantidades de saliva

(...)

(Fragmento de *El pequeño burgués, en Versos de salón*)

JORGE CARRERA ANDRADE

Soy hombre, mineral y planta a un tiempo,
 relieve del planeta, pez del aire,
 un ser terrestre en suma.
 Arbol del Amazonas mis arterias,
 mi frente de París, ojos del trópico,
 mi lengua americana y española,
 hombros de Nueva York y de Moscú,
 pero fija, invisible,
 mi raíz en el suelo equinoccial,
 nutriéndose del agua de los ríos

y de la sangre verde que circula
por el frágil, alado cuerpecillo
del loro, profesor de ortología,
de saltamontes y del colibrí,
mis ínfimos aliados naturales.

(De *Hombre planetario*. Poema XVI)

LUIS CARDOZA Y ARAGON

Anima la quietud de estas páginas, fuego oscuro amasado en el hondón de las entrañas. Huracán sopla para siempre mi brasa y su tibieza de rescoldo se perpetúa. El corazón de lava aún caliente sonríe su noche elemental, donde todavía sueña Kukulkán, desde el ídolo primigenio hasta las muñequitas multicolores de Mixco y las tinajas de Chanautla. Estamos en Guatemala, verde colibrí reluciente. La caja grande y dentro una más pequeña y otra. Otra y otra, hasta llegar a mi pueblo, Antigua Guatemala. Y otra más pequeña, y otra y otra, hasta la casa y mi cuarto de niño. Pongo a mi tierra sobre mis rodillas, en la palma de mi mano. Desde muy alto los ojos podrían abarcar sus límites, contemplarla, como esos pisapapeles de cristal que tienen en el centro un ramo de florecillas dormidas. No es el caso de contemplar lo que no existe. Ni de sólo admirar lo que está allí. Soy vidente, ahora pisamos tierra firme y amo la realidad.

(...)

La veo meztiza en su pensar, con greda antigua del *Popol Vuh* y musgos de Landívar en un mismo pulso urgente. Indígena en la entraña, donde el corazón resuena entre montes azules, como el tun en los pueblecillos cuando celebran la fiesta. Sencilla y segura, camina ataviada como pájaro o reina en la miseria, un niño a la espalda, en harapos sus ropas aborígenes y fatigado el barro categórico del rostro bajo el peso que carga sobre la frente, corona rural de frutos y de flores. Va descalza, rompiéndose los pies por los caminos, la tinaja sobre el hombro, igual a la dulce Ixquie. La belleza del cuerpo radica en lo más profundo de la materia: en la conformación y armonía del esqueleto, imagen de la muerte. Sus rasgos resurgen para mí de la viva y mineral estructura escondida, remontando hasta la piel de obsidiana al sol.

(Fragmento de *Guatemala, las líneas de su mano*)

OCTAVIO PAZ

Voy por tu cuerpo como por el mundo,
tu vientre es una plaza soleada,
tus pechos dos iglesias donde oficia
la sangre sus misterios paralelos,
mis miradas te cubren como yedra,
eres una ciudad que el mar asedia,
una muralla que la luz divide
en dos mitades de color durazno,
un paraje de sal, rocas y pájaros
bajo la ley del mediodía absorto,

vestida de color de mis deseos
como mi pensamiento vas desnuda,
vor por tus ojos como por el agua,
los tigres beben sueño en esos ojos,
el colibrí se quema en esas llamas,
voy por tu frente como por la luna,
como la nube por tu pensamiento,
voy por tu vientre como por tus sueños,

tu falda de cristal, tu falda de agua,
tus labios, tus cabellos, tus miradas,
toda la noche llueves, todo el día
abres mi pecho con tus dedos de agua,

cierras mis ojos con tu boca de agua,
sobre mis huesos llueves, en mi pecho
hunde raíces de agua un árbol líquido,

voy por tu talle como por un río,
voy por tu cuerpo como por un bosque,
como por un sendero en la montaña
tu falda de maíz ondula y canta,
que en un abismo brusco se termina,
voy por tus pensamientos afilados
y a la salida de tu blanca frente
mi sombra despeñada se destroza,
recojo mis fragmentos uno por uno
y prosigo sin cuerpo, busco a tientas,

(Fragmento de *Piedra de sol*, en *La estación violenta*)

JOSE CORONEL URTECHO

Mi mujer era roja como una leona
Era campeona de *basket-ball* y vivía en el río

En una hacienda de ganado que ella personalmente manejaba
 Porque hacía las veces del padre en su familia de cinco mujeres
 Y también manejaba una lancha motora
 Porque también era mecánica y marinera
 Como lo es todavía
 Maestra en toda clase de artes y oficios
 Más que cualquier obrero o cualquier artesano
 Mucho mejor trabajadora que las señoras y mejor que las criadas
 Pues no sólo maneja una casa sino que la hace con sus propias manos
 y llena de cosas que ella misma fabrica, desde las sillas
 y las mesas hasta las camas y la ropa
 Y la llena de vida
 Ella prepara toda la madera
 Es carpintera de artesón, carpintera de banco y carpintera de ribera
 Desde muchacha fue maderera y tuvo cortes de madera
 En las selvas de La Azucena, como también en la margen izquierda del
 río, en la propia frontera, no sólo en territorio de Nicaragua
 sino también de Costa Rica.
 Lo que le dio dolores de cabeza con los ladrones y hasta dificultades
 con las autoridades
 Era cuando tenía su tractor Caterpillar D4.
 Con el que trabajaba en El Almendro y en las márgenes del Oyate
 y el Tepenaguasape
 Y también en el Tule -que ella no quiere que deje fuera
 Acaba de llegar de San José de Costa Rica -me sorprende escribiendo-
 y vino de Los Chiles a caballo
 "No te olvides del Tule" -me dice al leerle lo que llevo escrito.
 Pasa directamente a la cocina, pues aunque no le gusta cocinar, es una
 insigne cocinera.

(Fragmento de *Pequeña biografía de mi mujer*, en *Pol-la D'Ananta Katanta Paranta*)

ERNESTO CARDENAL

El maíz está enterrado, invisible como los muertos
 en tu milpa.
 Sólo montoncitos y montoncitos de tierra
 como las pirámides de los muertos
 en la milpa de los muertos.
 Pero ya vendrán los chac con sus calabazos
 (sus machetes son los relámpagos)
 los chorreadores
 los chac transparentes, color de lluvia
 que están sumergidos en los cenotes
 y se reúnen en las noches de junio en las ruinas de Coba.
 Y vendrán los balam, los guardianes de las milpas
 con sus cuerpos color de aire
 los balam que vuelan invisibles sobre los árboles, y los
 oís silbar, los oís
 silbar de noche en los caminos arriando los espíritus malos.
 Y el pájaro x-kol cantará en las milpas
 para hacer crecer el maíz
 crezcan-más, crezcan-más
 (de mata en mata)
 y para hacer feliz el maíz.
 Con el viento del oriente vendrán las lluvias
 vendrán del oriente, de donde sale el sol
 y salen la luna y las estrellas
 del oriente, donde están las ruinas de Coba.
 Y allí es donde están los animales de los sueños
 de que hablan los cazadores
 animales de pelo largo, moteados o manchados como tigres
 los animales extraños que sólo se han visto en sueños
 y que rondan las ruinas de Coba.
 Bajo la tierra los granos, grada a grada
 una grada cada día

están subiendo la pirámide del maíz.
La noche está llena de estrellas bien brillantes
señal de lluvia.

(Milpa, en *Homenaje a los indios americanos*)

MARTIN ADAN

(Rafael de la Fuente Benavides)

*O caro immaginar; da te s'apparta
Nostra mente in eterno?*
LEOPARDI

*Nun, o Unsterblichkeit, bist du ganz
mein!*
KLEIST

- Y es el irrito dios, pata y quebranto;
Y es la voz tan humana, que demuda;
Peligro y alegría, y muerte y muda;
Panspermia de tu proco y de tu planto...

- Y es, por cima y a sombra del acanto,
Entre ofidio y ninfécaca, Ella nuda:
El cuerpo donde tu alma ya te acuda:
Forma, gozo, apetito, tiento, llanto...

- Y es la procura de la prima poma
Y término en caos de primavera,
Y es la mano y la gana sin destino.

- Y es la selva esencial de larva y goma,
Que hace fluir de negrura y de madera,
El marfil asestando, elefantino.

(*Andante (In Promptu)*, en *Travesía de extramares*)

FRANCISCO MATOS PAOLI

Y DIOS es la locura,
la grata beldad del exilio,
la impronta que no tiene impronta,
el extranjero,
la cerrazón de alegría que perturba
al Electo.

¿O es que tú, manumitido de los cierzos,
no entiendes lo que es la paz,
ese orto, ese orto
que aún reclinado tiene la prestancia
de llamarme su hijo?

No puedo ahora cantar,
decir el día que vivo,
cuando la hurí me espera en el desierto
y una chicharra me avisa de la familia tremenda
que hay en todo nimbo.

Estoy con los pobres ahora,
los infelices claros,
los mendigos que hacen de la rosa
una gran corona de estupor.

Estoy con los pobres, digo,
y los labios no sueñan a mentira

porque el Silencio me prohíbe,
me hace ser pulso dual en la azucena.

Mi Madre me lleva de la mano
hacia donde no hay espacio,
me levanta hasta el yo bien escondido,
me presenta al que fue bajo la ley de Dios
un río extático que no vuelve a jugar con el mar.

Sí, he aprendido esto:
soy el separado.
el que evita la extrañeza del mundo,
el solo solo solísimo
que roba de la concha
el latir indecible de los pájaros.

(Fragmento de *Canto de la locura*)

JULIA DE BURGOS

NADA turba mi ser, pero estoy triste.
Al lento de sombra me golpea,
aunque casi detrás de esta agonía,
he tenido en mi mano las estrellas.

Debe ser la caricia de lo inútil,
la tristeza sin fin de ser poeta,
de cantar y cantar, sin que se rompa
la tragedia sin par de la existencia.

Ser y no querer ser... es la divisa,
la batalla que agota toda espera,
encontrarse, ya el alma moribunda,
que en el mísero cuerpo quedan fuerzas.

¡Perdóname, oh, amor, si no te nombro!
Fuera de tu canción soy ala seca.
La muerte y yo dormimos juntamente...
Cantarte a ti, tan solo, me despierta.

("Canción amarga", en *Canción de la verdad sencilla*)

FRANKLIN MIESES BURGOS

VII

-¿Quién encendió la lámpara perenne de la rosa?
¿Quién desató el pequeño enigma de la hoja,
de la apretada piedra donde habita el silencio?

Cuando el ángel pregunta ya deja de ser ángel;
la ignorancia es la espada desnuda que defiende
su rosa de inocencia;
la rosa que no sabe ella misma el origen
terrible de su nombre, de su propio fantasma
cerrado como un nudo de aroma hasta la muerte.

("Segunda Evasión", en *El ángel destruido*)

TOMAS HERNANDEZ FRANCO

mientras se soltaba la leche blanca de los senos negros de Suquí
 por el regalo del marido rubio,
 y Yelidá estaba inerte entre los trapos
 con su torpeza jugosa de raíz y de sueño,
 pero empezó a crecer con lentitud de espiga,
 negra un día y un día no,
 blanca los otros;
 nombre de vodú y apellidos de Kaes,
 lengua de zetas,
 corazón de iceberg,
 vientre de llama,
 hoja de alga flotando en el instinto,
 nórdico viento preso en el subsuelo de la noche,
 con fogatas y lejana llamada sorda para el rito.

(...)

Los peces lo sabían y la noche y la selva y la luna y el tiempo de calor,
 y el tiempo de frío,
 y el alma de garra del pantano,
 y el dios que enmaraña las raíces y las empuja fuera de la tierra,
 y el macho y hembra que en los cementerios
 enciende fuegos verdes sobre el vientre helado de los muertos,
 y el que está en la garganta de los perros lejanos,
 y el del miedo con sus mil pies y su cabeza cortada.
 Y ésta quiere ser la historia de Yelidá al fin y al cabo.

(Fragmento de *Yelidá*)

FREDDY GATON ARCE

ADEMAS, son muchos los humildes de mi
 pueblo.
 Yo escribí sus nombres sobre los muros, pero no
 los recuerdo.
 Yo rescaté su corazón de la carcoma y el olvido,
 pero no sé dónde
 quedó la sangre coagulada, ni si vino familiar
 alguno
 a limpiar la mancha que había sobre el duro
 tapiz de la noche.
 Yo los besé, y mi ósculo fue como tilde
 sonora impar
 sobre su frente. Porque aún después del amor
 ellos estaban solos sobre la tierra.
 (...)

Yo escribí los nombres
 de los humildes sobre los muros, pero no los
 recuerdo.
 Yo sólo sé que muchos murieron alzando
 los brazos
 para atrapar el ciclo, pero cayeron sin sexo ni
 esperanza. Cayeron.
 No tenían siquiera una flor o una lanza. Solos
 rodaron con sus tumbas desconocidas, con sus
 huesos anónimos.
 Pero dejaron sus almas mondas flotando por
 los aires.
 Las almas que se agolpan en las sangres de las
 generaciones, y corren.
 Corren a ratos, porque la noche está ahí. Se
 atisban a ratos,
 porque la noche está ahí. Desaparecen luego,
 desaparecen como esas lágrimas de abuelo
 secadas al descuido con el dorso de la mano.

(Fragmento de *Además, son*, en *Personas e historias*)

CUESTIONARIO 11

1. ¿Por qué etapas pasó la obra de César Vallejo?
2. Compare las trayectorias vitales y literarias de Jorge Luis Borges y Miguel Ángel Asturias.
3. ¿Qué temáticas aborda Borges en su obra en prosa?
4. ¿Qué posibles paralelismos y diferencias pueden establecerse entre el estilo de César Vallejo y el estilo de Roberto Arlt?
5. Describa las características de la narrativa de Eduardo Mallea.
6. En qué se diferencian los libros de poesía *Canto General* y *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, de Pablo Neruda.
7. ¿A qué alude Alejo Carpentier con el término "lo real maravilloso"?
8. Haga un resumen sobre la poesía latinoamericana de este período y sus principales representantes.
9. ¿Cuál es la principal característica de la narrativa de João Guimarães Rosa.
10. Comente brevemente la personalidad y la obra de Juan Carlos Onetti.

AUTOEXAMEN 11

1. Es el autor de *Trilce* y *Los Heraldos Negros*:
 - a) Roberto Arlt.
 - b) Eduardo Mallea.
 - c) César Vallejo.
 - d) Pablo Neruda.

1. a b c d
2. Quizás sea el autor más representativo de la literatura fantástica latinoamericana:
 - a) Alejo Carpentier.
 - b) Eduardo Mallea.
 - c) Jorge Luis Borges.
 - d) Roberto Arlt.

2. a b c d

3. Escribió *Hombres de maíz* y *Señor Presidente*:

- a) Eduardo Mallea.
- b) Jorge Luis Borges.
- c) Alejo Carpentier.
- d) Miguel Ángel Asturias.

3. a b c d

4. Su arte puede clasificarse como expresionista, mientras que su ideología participa de las corrientes del absurdo y del existencialismo mucho antes de que estas se pusieran de moda:

- a) Eduardo Mallea.
- b) Roberto Arlt.
- c) Alejo Carpentier.
- d) Miguel Ángel Asturias.

4. a b c d

5. *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* es su libro más leído:

- a) César Vallejo.
- b) Arturo Uslar Pietri.
- c) Pablo Neruda.
- d) Juan Carlos Onetti.

5. a b c d

6. Es el autor de *Al filo del agua*:

- a) Agustín Yáñez.
- b) Arturo Uslar Pietri.
- c) César Vallejo.
- d) Juan Carlos Onetti.

6. a b c d

7. A partir de su primera novela, *Las lanzas coloradas*, se convierte en el maestro indiscutible de la novela histórica latinoamericana:

- a) César Vallejo.
- b) Arturo Uslar Pietri.
- c) Pablo Neruda.
- d) Juan Carlos Onetti.

7. a b c d

8. Escribió *La Bahía del Silencio*:

- a) Alejo Carpentier.
- b) Eduardo Mallea.
- c) Arturo Uslar Pietri.
- d) Juan Carlos Onetti.

8. a b c d

9. El grupo poético "Piedra y cielo" sigue el magisterio de:

- a) Pablo Neruda.
- b) César Vallejo.
- c) Juan Ramón Jiménez.
- d) Garcilaso de la Vega.

a b c d
9.

10. Representa la poesía simbólica y culterana, también llamada órfica:

- a) Juan Ramón Jiménez.
- b) Jorge Luis Borges.
- c) Leopoldo Lugones.
- d) Lezama Lima.

a b c d
10.

El próximo viernes

12

Los últimos cincuenta años.
Narrativa. Teatro. Ensayo.
